

## AMERICA LATINA: LOS NUEVOS MODELOS DEL DESARROLLO CAPITALISTA DEPENDIENTE

Álvaro *BRIONES*  
César *VELÁZQUEZ*

El carácter cada vez más integrado del capitalismo moderno lleva a internacionalizar las situaciones de crisis económicas, con una rapidez y extensión que no se conoció en el pasado. Más que cualquier otra región en el mundo. Europa puede hoy dar cuenta de esta apreciación pues sufre sobre su economía los efectos de una situación crítica desarrollada originalmente en los Estados Unidos.

América Latina, si bien no puede escapar a ese efecto, más aún en su calidad de región dependiente de las economías de las potencias centrales, lo ha sufrido de manera contradictoria, con alternativas negativas y positivas tanto desde el punto de vista de la región en su conjunto como considerando aisladamente a sus países.

Así es como puede considerarse que el efecto de una de las características más notorias de la crisis, cual es el aumento generalizado de precios, ha resultado, en general, favorable para la región. Según estudios de CEPAL,<sup>1</sup> los precios de los principales productos de exportación de nuestros países aumentaron sustancialmente en los últimos tres años, llevando un índice de 18 productos (que no incluía el petróleo) con base 1970 = 100, a 182.3 a fines de 1973 y a 252.4 en el tercer trimestre de 1974. El mismo índice, considerando al petróleo, se elevaba a 213.5 y 323.9 respectivamente. Estos aumentos, según la misma CEPAL, no han sido compensados por aumentos en la misma magnitud de los precios de las importaciones, entregando como saldo una mejoría de los términos de intercambio del orden de 7 y 13 por ciento durante 1972 y 1973.<sup>2</sup>

Sin embargo, tomados aisladamente, los países latinoamericanos se han visto afectados de distintas y aun contradictorias maneras por el aumento generalizado de los precios, que ha incidido sobre sus economías en relación directa a su calidad de exportadores o importadores de determinados productos, y que da lugar a un enorme contraste en las relaciones comerciales externas. Se tiene por ejemplo, que en tanto algunos países (Ecuador, Venezuela, Bolivia, Trinidad y Tobago) han logrado una rápida expansión del valor de sus exportaciones debido al aumento de los precios del petróleo, otros han visto aumentar sus déficits de Balanza de Pagos como consecuencia del aumento del valor de sus importaciones.

Es ese, desde luego, el caso de Chile, cuyo actual gobierno ha duplicado el valor de la deuda externa existente al momento de efectuarse el golpe de estado que derrocó al presidente Allende, y es también el caso de Brasil, en donde la situación adquiere el dramático carácter de sellar la suerte de lo que, por algún tiempo, algunos apologistas dieron en llamar «el milagro brasileño». Confirman estas apreciaciones recientes declaraciones del ministro de hacienda de este país, quien señala que la deuda externa bruta había aumentado de 13 300 millones de dólares a fines de 1973 a 17 800 millones a fines de 1974, al mismo tiempo que las reservas financieras disminuían de 6 432 millones de dólares en mayo de 1974 a 4 900 millones en diciembre del mismo año.

<sup>1</sup> CEPAL, *Notas sobre la economía y el desarrollo de América Latina*, No. 131, 1º de enero de 1975.

<sup>2</sup> CEPAL, *Estudio económico de América Latina*, 1973.

Igualmente, si bien es cierto que el producto interno bruto de América Latina en su conjunto creció entre 1970 y 1973 a una tasa anual de 6.9 por ciento<sup>3</sup> superando así el promedio de 5.7 por ciento registrado en el quinquenio anterior (1965-1969), también es cierto que sólo seis países estuvieron por sobre ese promedio: Brasil, que manteniendo tasas de 11.3, 10.4 y 11.4 durante 1971, 1972 y 1973 respectivamente, elevó ese promedio general; Ecuador y Venezuela que lograron excelentes resultados —según hemos señalado— de la explotación de su riqueza petrolera; y México, que ha mantenido su tradicional estabilidad. Los otros dos, Guatemala y República Dominicana, tienen un interés puramente estadístico debido a su baja incidencia en el conjunto. De este modo, si se excluyera o redujera la incidencia de Brasil en el promedio —situación que por lo demás podría plantearse en el futuro debido a la acentuada baja de las tasas de crecimiento de este país, cuya dinámica económica mermó de manera más que considerable durante 1974—, la tasa de crecimiento habría sido de sólo 5.3 por ciento, es decir inferior, al promedio del anterior quinquenio.

Pero más allá de sus incidencias sobre la situación económica, la «crisis mundial» del capitalismo ha hecho sentir principalmente su efecto sobre las condiciones políticas de América Latina.

Sabido es, pues la historia se ha encargado de demostrarlo prácticamente en el pasado, que en situaciones de crisis del imperialismo se desarrollan condiciones para que las clases «dominantes-dominadas» locales en los países dependientes, intenten esfuerzos de desarrollo autónomo o de «negociación» de la dependencia. La crisis de 1919-22 permitió el desarrollo del «irigoyenismo» argentino y del «tenentismo» brasileño y, posteriormente, la crisis de 1929-45 significó para América Latina el desarrollo de esfuerzos nacionalistas burgueses apoyados en la fuerza de masas del movimiento popular. Ese fue el periodo de oro del populismo, con la aparición de caudillos tan relevantes como Cárdenas en México, Víctor Raúl Haya de la Torre en Perú, o Getulio Vargas en Brasil; y el desarrollo de procesos tan dinámicos e interesantes como el que representó el sostenimiento, por cerca de una década, de gobiernos frentepopulistas en Chile.

Por ello es que la crisis actual ha redundado en el fortalecimiento del nacionalismo como tendencia dominante en el escenario político latinoamericano. Sin embargo, esta corriente, como todas las

<sup>3</sup> CEPAL, *Estudio económico de América Latina*, 1973.

otras consecuencias de la crisis, se presenta de manera contradictoria. De una parte se da un nacionalismo burgués de corte neopopulista, que pretende utilizar la capacidad negociadora que le ha demandado su posición relativamente favorable en el comercio mundial (es el caso de los países exportadores de petróleo, principalmente Venezuela) para llegar a una efectiva «negociación» de la dependencia en términos que, sin pretender cortar los lazos esenciales de la dependencia, que se ubican en el plano del control tecnológico, permitan la autonomía en materia de control de explotación de sus riquezas básicas y, lo que resulta mucho más audaz, de control de la comercialización de las mismas.

A este nacionalismo burgués se opone una corriente que levanta las banderas del «nacionalismo pragmático» en una concepción del desarrollo económico en donde el apelativo «nacionalista» apenas si alcanza para justificar un acendrado anticomunismo. Trátase de la postulación de un modelo de integración íntima al sistema de relaciones económicas imperialistas, al amparo de una suerte de nueva división internacional del trabajo en la cual, como mecanismo dinamizador de la economía mundial, el imperialismo fomentaría el desarrollo de industrias de alta tecnología en los países dependientes, a fin de beneficiarse de las «ventajas comparativas» de cada uno de esos países (manufacturas de cobre, petroquímica, siderurgia, electrónica de uso doméstico, etcétera, y de la mano de obra barata existente en ellos.

Un modelo de este tipo redundaría inevitablemente en una situación de concentración del poder económico (en torno al sector «moderno» que, integrado directamente al imperialismo, utiliza tecnología de «nivel mundial», y por lo tanto político, en una fracción cada vez más reducida de la población. Se trata también de un modelo que, en consecuencia, requiere de la imposición de regímenes autoritarios y dictatoriales como condición previa para su desarrollo y, más aún para su sostenimiento posterior, en condiciones en que el propio modelo implica una creciente tasa de explotación de la clase trabajadora y también un proceso de creciente marginación de sectores sociales (principalmente de la pequeña y mediana burguesía) que, por no poder resistir la competencia del «sector moderno», deben proletarizarse. Esta forma particular de dictadura viene a corresponder, sintéticamente, al fascismo en condiciones de dependencia económica, es decir, un neofascismo del cual son exponentes privilegiados los gobiernos de Chile y Brasil.

El esfuerzo nacionalista burgués cuenta con el virtual apoyo de la organización internacional de los países «tercer mundistas» agrupados en el llamado «grupo de los 77», que confirmó esta posición en su última reunión de febrero en Argel. Sobre esa base se han producido importantes avances concretados en la «Declaración de Ayacucho», en las dos reuniones de los presidentes Pérez y Echeverría y en el reciente encuentro de los presidentes de Venezuela, Costa Rica, Colombia y Panamá en este último país. En ese mismo plano se proyecta la favorable acogida en la mayoría de los países de la región, a la idea de crear un sistema de cooperación y comercio que entregue una relativa mayor independencia en relación a Estados Unidos y Europa. Este proyecto, presentado con el nombre de Sistema Económico Latinoamericano (SELA), por el gobierno de México, cuenta con la aprobación activa de Cuba que, sin duda, se tornaría en uno de sus principales miembros integrantes.

Por su parte, el neofascismo —modelo que el imperialismo proyecta como solución de la crisis— también se desarrolla. Ya se consolida en el plano económico y político en Argentina (aunque con una oposición sin tregua por parte de las organizaciones armadas clandestinas) y no deja de alentar, principalmente desde Chile, el desarrollo de maniobras que puedan traducirse en una destrucción del proceso peruano y que adoptan tanto la forma de apoyo a los intentos sediciosos internos como de amenaza de una agresión bélica.

Así pues, el análisis del presente nos señala la proximidad de hechos de gran relevancia para América Latina. En el futuro inmediato debe terminarse de definirse la forma última que asuma el desarrollo del capitalismo dependiente en condiciones de un sistema capitalista internacional que, a través de crisis recurrentes cada vez más profundas, demuestra su irremediable decadencia.